



www.loqueleo.com/ec

© 2012, Leonor Bravo Velásquez

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-687-3

Derechos de autor: 040414

Depósito legal: 004889

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2012

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Febrero 2017

Décima primera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Santiago González

Actividades: Marlon López

Edición y corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Carlos García

Supervisión editorial: Sylvia Gómez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Encuentros inquietantes

Leonor Bravo Velásquez



loqueleo



*A mis abuelas, que me contaron
cuentos de terror en mi infancia.*

*A mi hermana Sheyla, poeta,
con quien los compartí.*



A gran velocidad.....	11
El viejo duerme.....	15
Oportunidad.....	19
No lo reconoció.....	23
Al segundo remezón.....	29
La espera.....	33
Esta es la noche.....	35
María Julia.....	39
Llovía.....	45
La función.....	49
En su sueño.....	53
Prisión.....	55
Ella.....	59
Pero la muerte es curiosa.....	63
Relleno de chocolate.....	69
Murió temprano.....	75
La fiesta.....	81
No hay nadie.....	87

Biografía	89
Cuaderno de actividades.....	91

A gran velocidad



Es muy tarde, estoy parada en esta esquina si- quiera media hora y no me atrevo a avanzar a pie. Aquí, por lo menos tengo la luz del alumbrado pú- blico y del anuncio de neón. Más adelante, todo es tinieblas.

11

A lo lejos brillan las luces de un carro. ¡Qué suerte!, ¡es un taxi! Por fin. Estaba empezando a tener miedo. Yo sola, aquí en esta calle desierta, sin ninguna compañía. No me gusta nada esto de hacer horas extras y quedarme sola. ¡Se oyen unas historias!

El chofer lleva una gorra que le tapa media cara y no habla. Le indico la dirección, solo mueve la ca- beza y avanza. No sé si me escuchó, tal vez no sepa adónde va, pero él avanza. Le hago la conversación, le hablo sobre el frío que hace, sobre lo tarde que es. No me responde, tal vez es tímido o está de mal ge- nio. Me inquieto un poco, hablar y oír la voz del otro me tranquiliza.

De repente, se desata un aguacero. Enormes gotas caen sobre los vidrios con un ruido ensordecedor. ¡Cuánto deseo llegar a casa y meterme en la cama! El carro avanza.

—Señor, ¿escuchó la dirección que le di?

12 No me responde, pero el carro avanza, espero que en la dirección correcta. Entonces me doy cuenta de que las luces de la ciudad han quedado atrás y avanzamos en total oscuridad.

—¡Señor, este no es el camino, no es por aquí, está equivocado!

Él no responde, parecería que no me escucha, que entre él y yo hay una barrera que le impide oírme.

De pronto oigo el clic de los seguros automáticos del carro y siento que aumenta la velocidad. Un escalofrío me recorre la espalda, pero dudo. Esto no me está pasando a mí. Esto les sucede a otras, ocurre solo en las películas.

Saco el celular pero está apagado. ¡Chuta! ¡Me quedé sin batería! Anoche me olvidé de cargarlo.

El carro avanza a gran velocidad. Estoy mareada y siento náusea.

Grito, le pido que pare, lo amenazo, le ruego. La voz me tiembla. Tengo el corazón en la garganta y todo el cuerpo se me ha empezado a helar. El chofer prende la radio y sube el volumen poco a poco hasta

que resulta insoportable. Afuera, la lluvia y adentro, la música. El terror me aturde, me cuesta respirar.

Entonces recuerdo la tijera que está en mi cartera. La tijera que presté en la oficina y que por fin desocupamos. Agradezco la tacañería del jefe.

—Oiga, Olguita, tráigase la tijera de su mamá, para qué vamos a gastar si solo la necesitamos por un día.

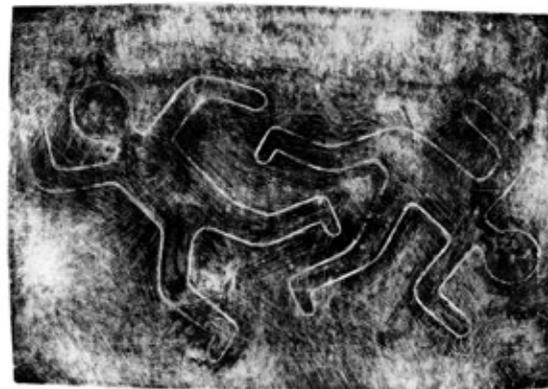
El cuerpo se me calienta y siento odio. La sangre me bulle, aprieto la tijera, me acerco lentamente. ¡Tengo que hacerlo! Es mi única oportunidad.

El tipo gira y puedo ver sus ojos inyectados en sangre, en los que se refleja el brillo de la tijera. Sonríe. Siento la presión de su mano sobre mi mano, sobre mi brazo que se retuerce hasta aflojar el arma. Sonríe.

Avanzamos a gran velocidad, la lluvia y la música son cada vez más fuertes. El carro patina, gira bruscamente y, en cámara lenta, la alta pared de piedra se acerca a nosotros.

Mejor esto que cualquier otra cosa.

13



El viejo duerme



Su enorme pecho sube y baja acompañado de roncidos sordos, guturales, silbantes, agónicos, furibundos. Sobre el pecho descansa la mano regordeta con los dedos hinchados y la piel tensa en aquellos lugares en que parecería que fuera a explotar. El anillo sube y baja en el dedo anular. Es grande y pesado. El brillante que habita en él lanza discretos destellos de vez en cuando. Sobre el pecho descansa la pesada cadena de la que cuelga el ancla con la cruz, tachonada de esmeraldas, rubíes y zafiros.

15

Los fantasmas están hambrientos, los han despertado de un sueño que duraba demasiado, se les han llevado su alimento. El cofre con monedas de oro ya no está, las joyas bordadas en piedras ya no están, se llevaron el oro que los alimentó durante siglos y tienen hambre.

El anillo pesado, grande, ostentoso, sube y baja en el pecho que ruge, y de vez en cuando resplandece, brilla, invita. La cadena de gruesos eslabones

está quieta, dominada por el peso del oro y las piedras que huelen a mar, a misa y a sufrimiento.

Los fantasmas recorren la noche desesperados, tienen hambre, husmean, escarban el aire. Aúllan de esa forma especial que solo tienen los fantasmas para aullar. La noche se llena de gritos, pero solo los oyen los perros, que aúllan con ellos.

16

El viejo duerme. Los ronquidos salen de su boca semiabierta interrumpidos por una baba que cuelga. Algunos se abren paso entre los pelos de la nariz. Los ronquidos le molestan, cambia de posición, su cuerpo busca más aire. De lado, sobre la cama, esconde la mano debajo del cobertor. La cadena resbala por la inmensa mole. Ya no hay destellos de vez en cuando.

Los fantasmas se detienen, olisquean, escuchan. Los perros han dejado de aullar. Han perdido el rastro, alguien ha borrado el sendero, buscan pero no lo encuentran.

El viejo da vueltas en la cama, la antigua pesadilla lo asalta: son cientos, se acercan, lo rodean, se llevan todo, vuelve a ser pobre como antes, cuando lustraba botas, cuando robaba en las esquinas, cuando trabajaba en el banco quemando billetes viejos. Un sudor helado le baja por la frente, por la comisura de los labios, por el cuello, por la espalda. El viejo da vueltas en la cama. El oro da vueltas con él.

Los fantasmas sonríen con esa forma especial de sonreír que tienen los fantasmas. Los perros aúllan de nuevo.

La pesadilla pasa, retorna la paz, el enorme pecho sube y baja acompañado de ronquidos sordos.

Los fantasmas se acercan, se lamen los labios descarnados, olfatean, aspiran, se deleítan. Es él. Es el inmundito aliento que los despertó, los ojos codiciosos que miraron el tesoro, los dedos que hurgaron en su sueño de siglos, los brazos que arrastraron el cofre. El pecho deja de subir y bajar; los fantasmas, aunque de vapor y miedo, pesan demasiado. Están sentados en la boca semiabierta, en las fosas de la nariz, encima de los párpados, de las cejas hirsutas. Es él.

17

Los fantasmas arrastran la grasienta mole, el anillo, el colchón repleto de monedas, el cofre, la cadena, con esa forma especial que tienen los fantasmas de arrastrar cadenas.

La noche se llena de silencio. El viejo ha dejado de roncar.



Oportunidad



Eran las dos de la mañana cuando, urgida por la necesidad, Mariana se despertó y fue al baño. Al volver estaba allí, esperándola en el quicio de la puerta de su dormitorio. Era la babosa más grande y amarilla que había visto. Detrás de ella, no había la consabida baba brillante que denunciara el rastro que le permitiría saber de dónde había venido o por dónde había entrado.

Su dormitorio quedaba por lo menos a siete metros del jardín de enfrente y a dos pisos del jardín de atrás, de manera que no se explicaba cómo había podido llegar hasta allí.

En todo caso, no parecía estar llegando sino saliendo, yéndose del lugar; por lo cual podía pensar que había estado en su dormitorio y se marchaba ya. ¿Hasta dónde había llegado? ¿Cuántas otras como ella habían en su cuarto? Si había podido arrastrarse siete metros o subir dos pisos, podía también haber trepado a su cama. ¿Había compartido ese espacio tan íntimo con ella u otras de su especie?



Sintió asco y terror. Buscó por todos lados, hurgó en los rincones, levantó la ropa caída en el piso. Removió los cientos de cosas que se habían ido acumulando en cada espacio disponible de su habitación.

El sueño, en el que hacía pocos minutos se hallaba, se escurrió por la misma rendija por la que seguramente había entrado la babosa.

La invadió una inmensa y, tal vez, injustificada desesperación. Total, era solo una babosa, pero se imaginó a sí misma dormida en su cama rodeada de babosas, las vio trepando por sus piernas, por su cuello, patinando en su cara, introduciéndose en sus orejas. Se miró a sí misma paralizada por el terror, mientras los viscosos bichos la cubrían con su baba cáustica. Todo el cuerpo le empezó a quemar.

No quiso volver a la cama pero el sueño, al fin, la venció sobre una silla.

Las babosas supieron que había llegado la hora de salir. No se habían atrevido a meterse en la cama porque no soportaban el calor que había en ella. Una a una la cubrieron hasta que no quedó de ella sino una masa amarillenta que se movía y goteaba. Era la primera acción, cumplida con éxito, de la nueva especie de babosas carnívoras. En realidad, el objetivo había sido el perro, que viejo y perezoso se movía poco y no habría opuesto resistencia. Pero esta era una gran oportunidad.